

ARCIPRESTAZGO DE IRUN-HONDARRIBIA

IRUN - HONDARRIBIA ARZIPRESTALDEA

Arturo Campión kalea, 6 - 20303 IRUN
Teléfono 943 628 029

GARIZUMA 2006 CUARESMA
Hitzaldiak – Charlas

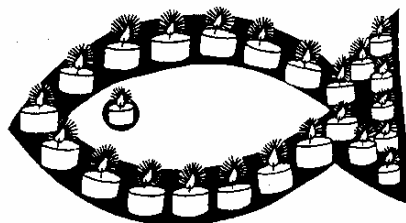
Euskeraz

+ martxoaren 20tik 23ra

VENTAS (7, 30)

+ martxoaren 27tik 30ra

SDA. FAMILIA (4, 30)



Castellano

+ del 13 al 16 de marzo:

Parroquia de Ventas (7,30)

+ del 20 al 23 de marzo:

Parroquia de Betarram (7,30)

Parroquia de Larrendi (7,30)

+ del 27 al 30 de marzo:

Parroquia de Behobia (7,30)

Parroquia de Anaka (7,30)

+ del 3 al 6 de abril:

Parroquia del Juncal (7,30)

Parroquia de Artiga (7,30)

Parroquia de S. Gabriel (7,30)

Parroquia Pentecostés (7,30)

Parroquia de Amute (7,30)

Parroquia de la Sda. Familia

(4, 30 y 7, 45 tarde)



Cuaresma, tiempo de prueba, tiempo de búsqueda

En algunos momentos de su vida Jesús parece haberse enfrentado a la posibilidad de utilizar su relación con Dios para asegurar el éxito de su misión o superar situaciones de angustia o dificultad. Los evangelistas han agrupado esta experiencia personal en el pasaje de las tentaciones. El mismo Espíritu del bautismo lleva a Jesús al desierto. Y la experiencia de la prueba acaba revelando una imagen más auténtica de Dios. Ni la seguridad de las ventajas personales, ni la confianza en el éxito espectacular son el lenguaje de Dios. Jesús asume la condición humana y, en la búsqueda del sentido de su filiación, acoge las posibilidades creadoras y las resistencias de la realidad.

En la última etapa de su vida, Jesús asciende a Jerusalén junto a sus discípulos. Él sabe que lo van a matar, sabe que Jerusalén es su estación término. Sus discípulos no se quieren dar por enterados. Al contrario, ellos piensan que han apostado por un ganador. Por eso, su sorpresa será mayúscula. Para Jesús, este tiempo es nuevamente tiempo de prueba, de soledad, de dificultad para comprender el sentido de lo que le acontece. Se siente hijo del Padre y percibe que esa condición no concede privilegios. Sólo lo une más al Padre y a su modo de presencia en el mundo. Pero no le evita ningún sufrimiento. Jesús radicalizará sus convicciones y las llevará consigo hasta el final.

Para nosotros la Cuaresma es también un momento para caer en la cuenta de las pruebas a las que está sometida nuestra fe y nuestra esperanza. Muchas son personales, otras epocales o propias de nuestra sociedad. Queremos hacer un recorrido por algunas de estas pruebas de nuestro tiempo: el mal que nos cuestiona, la esperanza que se nos antoja oscura y las dificultades para el avance de la solidaridad. Propondremos finalmente algunos modos de convivir con ellas, sin sucumbir. Como Jesús, también nosotros estamos llamados a caminar compasivamente, animados por la paz e implicados en la realidad.

Algunas de nuestras pruebas

El mal que nos cuestiona

El 26 de diciembre el tsunami del Indico se llevó por delante a miles y miles de personas, y se calcula por millones el número de damnificados que se han quedado sin nada. En esta ocasión, como en muchas otras, son los pueblos pobres quienes padecen las peores consecuencias, sin recursos para minimizar los embates de la naturaleza ni para paliar sus secuelas. Es el mal en sí mismo, arbitrario, absurdo, inexplicable.

Este mal que nos ha sobrecogido en escenas terribles acompaña cotidianamente nuestra existencia. Es la enfermedad que corta toda lógica humana, son las vidas malogradas ¿Dónde queda el Dios creador de la realidad? Ante una creación que se nos muestra tan frágil y vulnerable, nuestra confianza es puesta a prueba.

En una reciente reflexión sobre el tsunami, Jon Sobrino reconocía que en la homilía de fin de año, en la que suele darse gracias a Dios por el año que termina, tan sólo se le ocurrió guardar silencio. Cabe en este silencio la pregunta de Job, latente durante tantos siglos de humanidad: *¿Por qué el Todopoderoso no señala plazos para que sus amigos puedan presenciar sus intervenciones?*

La esperanza puesta a prueba

Durante estos meses hemos vivido en nuestra tierra un período de gran intensidad política. La iniciativa de un nuevo estatuto político para Euskadi ha generado movimientos de apoyo y también reacciones adversas. Probablemente, este clima ha provocado en nosotros la afirmación de las propias posiciones ideológicas; habremos podido acudir a los textos de opinión y a las valoraciones de los medios de comunicación buscando la confirmación de nuestras convicciones y argumentos con los que asentar nuestras seguridades. También nuestros corazones quedan afectados. No se trata tan sólo de un conflicto sobre modelos de país y articulaciones políticas, sino que subyace en un plano más profundo toda una historia de sufrimiento y violencia. Sin embargo nuestra sociedad no es capaz aún de nombrar del mismo modo este dolor y acompañarlo. El fracaso de la comisión del Parlamento vasco para llegar a posturas de consenso y unanimidad sobre las víctimas constituye una triste evidencia de que las heridas permanecen abiertas.

También el conflicto puede recorrer en ocasiones nuestras vidas personales. Son momentos donde experimentamos que la reconciliación no resulta fácil. Las emociones pueden envolvernos con tal fuerza que quedamos atados a la recriminación y a la lista de los agravios que cometieron sobre nosotros. No resulta tan sencillo abandonar las cuentas del mal. Incluso podemos rebelarnos con soberbia contra una fe edulcorada que nos habla de una esperanza que no acabamos de experimentar. Es la marca de la desolación.

Las resistencias a la solidaridad

Ha comenzado un nuevo proceso de regularización de las personas inmigrantes. La sensibilidad de amplios sectores de la población empieza a aceptar, ante la evidencia de los hechos, que no vienen a quitarnos el trabajo. Comienza a reconocerse que realizan tareas y servicios imprescindibles para nuestra economía pero que nosotros rechazamos. Sobre este hecho va construyéndose un discurso colectivo que acoge a las personas inmigrantes como trabajadores invitados, que vienen a cubrir determinados empleos por el tiempo que marquen nuestras necesidades. ¿Somos responsables de la situación de sus países? ¿Acaso hemos hecho nosotros algo para que la falta de horizonte, de posibilidades económicas o de estabilidad política hagan emprender a estas personas el viaje de partida? Estas preguntas parecen marcar el límite de lo que estamos dispuestos a compartir. Muros sociales que convierten a la solidaridad en un término débil, empleado para defender nuestra sensibilidad ante escenas de desgarrar, pero que se diluye cuando tiene tono de exigencia e implicaciones personales.

Cuestionados por el mal inexplicable, inmersos en conflictos que se alargan, abatidos por las dificultades de la realidad, nuestra fe se pone a prueba. Prueba, desierto, imágenes de Dios que se deshacen. Tiempo de búsqueda en el que permanecer atentos ante el Hombre que supo acoger la radicalidad de la condición humana y las resistencias de la historia. Tiempo para caminar...

Algunos caminos para vivir en la prueba

Caminar en compasión

Ante la presencia del mal hay quienes, como Dostoievski, Albert Camus y tantos otros, han rechazado con indignación a un Dios que permite el sufrimiento de los inocentes. También los

cristianos compartimos este sentimiento de indignación. La rebeldía y la protesta expresan una actitud profundamente humana, comprometida con la vida y con el dolor de las personas, que respeta su sufrimiento y rechaza toda búsqueda de justificación.

Y, sin embargo, esta indignación ante lo inexplicable puede hacernos caminar hacia el misterio de un Dios que no muestra un poder al modo humano, ni cubre los huecos de nuestras dudas, sino que se halla en la cruz con todas las víctimas de la historia. Caminar en la compasión, sentirnos cerca de las víctimas de las catástrofes o de las personas que nos rodean, en la protesta y en el misterio, nos pone ante el Dios de la vida. Es la experiencia de la oración, cuando vamos diluyendo lo que a nosotros nos gustaría, cuando pasamos de imponer a presentar lo que necesitaríamos para acabar sintiendo que las cosas sean como tú quieras... Que te descubrimos en una realidad dolorosa, en la compasión y la fraternidad, en esa extraña fuerza que nos impulsa construir una nueva historia.

Caminar en la paz

La experiencia del conflicto, social o personal, es la vivencia del desgaste. No resulta fácil olvidar, resituarse o aceptar que las cosas fueron como fueron. Tendemos a volver al pasado y clamar contra una injusticia que nunca tenía que haber ocurrido. Y, sin embargo, hay experiencias humanas que desde el fondo del dolor han sido capaces de re-crear una nueva realidad, que han descubierto que en la memoria herida sólo hay muerte, y desde su propia reconciliación han sido oferta de reconciliación para quienes los hirieron. Son personas que nos invitan a una esperanza que la prolongación de los conflictos impide muchas veces percibir.

Puede ser tiempo para ensayar y cultivar esta paz interior que irradia reconciliación a nuestro alrededor. Tiempo para descubrir todas esas resistencias que nos atan al pasado y nos mantienen en el agravio, bien sea en nuestras argumentaciones, discursos políticos, o en nuestra empatía o distancia con quienes sufren. La dureza del conflicto es la dureza de las rocas del desierto que no se convierten milagrosamente en pan. Dios respeta la condición humana y se presenta en la esperanza que vislumbramos cuando nos sentimos capaces de recrear nuestras vidas e inaugurar otras posibilidades.

Caminar implicados en la realidad

Una mirada fría sobre las resistencias estructurales y personales que cuestionan la solidaridad acaba abocándonos al desengaño. Pueden hacerse muchos análisis, indagar en las raíces de los mecanismos del poder y del dominio, resaltar las dificultades de los movimientos que trabajan por la solidaridad. Al final, si contemplamos los acontecimientos en la distancia no seremos capaces de captar la presencia salvadora de Dios que atraviesa la historia y nuestro propio corazón.

Puede ser tiempo para dejarnos afectar por tantos gestos de ternura y fraternidad, por tantas personas y esfuerzos que abren nuevos rumbos, y sumarnos a esa caravana variopinta, siempre novedosa y sorprendente. Sumarnos también con toda nuestra conciencia y nuestras dudas, dejándonos llevar. No vamos a presentarnos al mundo desde la cornisa del templo, ni vamos a caminar con la certeza del éxito espectacular. “Cuando intentamos liberar al mundo

de sus opresiones, no sabemos nunca dónde acaba nuestra mano, dónde empieza la mano de Dios y cómo se unen ambas.”¹

¹ Benjamín González Bueta, *Nueva sensibilidad para el misterio*, Revista Sal Terrae 92 (2004) 891-903